

- 1904** **FESTINI, ESTHER** *Cuestiones relativas a la educación femenina*
Tesis L/d49 Lima: Imprenta Gmo Stolte 1904 30 Págs. (20.5 cm. X 10.9
cm.) T.187 FS: 117-131
Ubicación: Archivo Histórico, UNMSM.
 Caja: 79(187)
 Folios: 117 -149

CUESTIONES¹
RELATIVAS A LA EDUCACION FEMENINA

TESIS

PRESENTADA POR

ESTHER FESTINI

**PARA OPTAR EL GRADO DE DOCTORA EN LA FACULTAD DE
FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD MAYOR DE
SAN MARCOS**

LIMA, 1904

**GMO. STOLTE
IMPRESA Y ENCUADERNACION, MELCHOR MALO**

¹ Caja: 79(187) Inicio del folio 117

126, 128 Y 130

Señor² Decano:

Señores Catedráticos:

En ocasión solemne para mí, como la presente, tuve la alta honra de exponeros en breve disertación, que tuvisteis la benevolencia de aprobar, las causas determinantes de la psicología de la mujer, el papel que según su naturaleza está llamada a desempeñar en la sociedad y el derecho que, como el hombre tiene a la educación. Este derecho, hoy indiscutible, ha sido suficientemente comprobado, habiendo llegado algunos pensadores de nota a proclamar la identidad en la educación de ambos sexos.

La educación idéntica en el hombre y en la mujer, no la creo posible, dada la diferencia en la combinación de las facultades y en su diverso desenvolvimiento.

Las cualidades que predominan en la mujer son muy otras que las dominantes en el hombre, mas, no por eso son menos apreciables, ni deben encerrarse en la mediocridad. Natural es que pretendan sublimarlas, pero sin perder de vista que se trata de la mujer, pensar que pueda igualarse al hombre, imitándole, es absurdo. La mujer no será superior al hombre sino como mujer.

Ya sea fuerte o débil, sus facultades dominantes son las sensitivas. Ellas imprimen movimiento a su inteligencia y revelan su grandeza, así como explican los desfallecimientos de su carácter. La mujer es más capaz del noble desinterés, y su afección menos personal, está más pronta al sacrificio y a la abnegación, lo que ha hecho decir a Dupanloup “que como espiritualidad es más grande, por ser menos propensa a las satisfacciones materiales, teniendo sí a menudo mayor facilidad para elevarse hacia el ideal y lo infinito:” agrega además: “la mujer es más tierna que el hombre,” lo que prueba con su indulgencia perdonando las injurias en el amor conyugal y olvidándose de sí misma en el amor maternal.

A la espontaneidad de su naturaleza afectiva responde, estando quizás ligada, la vivacidad y esa gran intuición que es el rasgo característico de su inteligencia. Si hoy es indiferente a la verdad abstracta, no por ineptitud natural sino por falta de hábito y

² Inicio del folio 118 Pág. 3

ejercicio, en el orden de las cosas concretas, tiene tal seguridad y fineza de juicio, que la convierte casi siempre en prudente consejera.

Así dominada por el sentimiento, es abnegada hasta el sacrificio sin queja alguna; y desplegando gran resignación y paciencia en³ los males irreparables, llega hasta el heroísmo cuando lucha por los que ama.

En tesis general puede afirmarse que la mujer completa al hombre. Su destino social, no es competir en el terreno de la actividad viril, sino que como persona racional y libre tiene naturalmente su destino individual; siendo por la unión, sobre la base de perfecta igualdad moral con aquél, que se forma la familia, fundamento de la sociedad. El papel propio de ella es endulzar y perfeccionar la vida, por modo directo la privada e indirectamente la pública.

La prudencia y su propia misión le aconsejan no inmiscuirse en los negocios públicos, por que nada más opuesto a su naturaleza que ese afán de rivalizar con el hombre. Pero, no quiere esto decir que se la eduque para que esté subyugada, ni se está en lo cierto, cuando se asegura que la educación de la mujer sólo debe tener por objeto embellecer la existencia del hombre. El ideal es más elevado.

Puesto que el hombre y la mujer gozan de los mismos derechos, lo justo es educarlos el uno para el otro y a ambos para la familia y la nación en que ésta es el elemento, dependiendo, por consiguiente, el porvenir de lo que ellas sean; de donde se sigue que la educación debe estar en conformidad con la dignidad moral de cada uno, pues como apunta Smiles: “los hombres por sí mismos no sabrían ser sanos de espíritu y de corazón cuando las mujeres fueran lo contrario, y sí la condición moral de un pueblo depende sobre todo de la educación de la familia, resulta que la educación de las mujeres debe ser considerada como asunto de importancia nacional.”

Es menester, pues, cultivar todas sus aptitudes, fortificar sus energías corrigiendo, en lo posible, sus debilidades á fin de que valga todo lo que debe valer.

Ahora bien, si el perfeccionamiento individual, objeto de la educación, es una obra de suyo tan compleja, sube de punto la dificultad cuando se trata de la educación femenina, por presentarse entonces cuestiones de carácter práctico, que si en los niños pueden no estudiarse con detención, en las niñas ofrecen grande interés.

³ Inicio del folio 119 Pág. 5

Estudiar si la educación que conviene a la niña ha de recibirla íntegramente en el hogar o en la escuela; establecer los principios a que deben sujetarse sus mejores sentimientos y buenos hábitos, siguiendo el desenvolvimiento regular o anormal de sus inclinaciones, no olvidando el respeto que debe a la opinión, pero en su justa medida. Y como se someterán a la obediencia ejercitando el sentimiento de responsabilidad; son los puntos que me propongo tratar en el presente trabajo, contando con vuestra benevolencia.

*

* *

Señor Decano.

Señores Catedráticos:

SABIDO es que la educación del carácter y del corazón comienza desde la cuna; es allí donde la madre con solícito cuidado dirige los⁴ pasos del niño los pasos del niño formando sus sentimientos, hábitos y gustos; siendo las impresiones recibidas en la primera edad las que con más fuerza quedan grabadas y perduran aún después de muchos años, descendiendo tan profundamente en el hombre, que llegan a reforzar el natural y el instinto si es bueno y corregirlo si es malo. Esta verdad indiscutible tiene más importancia en la educación de las niñas. La estimación que la mujer merece es debida, en su mayor parte, a las cualidades permanentes de circunspección, en orden a su conducta en general y á sus sentimientos, hecho esencial de la educación primera, del ejemplo y del medio, debiéndole muy poco al estudio. Los defectos de la primera educación en el hombre, sólo son faltas que el saber y la actividad pueden compensar y aun reparar; en la mujer esos defectos son graves, las más veces se convierten en vicios, porque casi le hacen perder su gracia ingenua y la pureza.

En los primeros años de la niña y durante la adolescencia, la madre debe dirigir su educación; pues nadie mejor que ella puede orientarla en lo que debe saber y velar por lo que ha de ignorar, vigilando las compañías que puedan hacerle revelaciones

⁴ Inicio del folio 120 Pág. 7

prematuras; si el niño a medida que crece tiene menos necesidades de los cuidados de la madre, la niña por el contrario es cuando más los necesita.

En efecto, será peligroso, cuando no un mal, quitar a la familia la participación que le corresponde en la dirección de la niña en la época en que adquiere los conocimientos necesarios para integrar su educación.

Empero, esto no puede llevarnos a creer que la educación deba ser exclusivamente familiar, porque sería insuficiente. Esta opinión pudo ser aceptable en el tiempo que se pensaba que la mujer no tenía ningún destino fuera del hogar; hoy que las necesidades sociales y económicas han variado, natural es también que varíe el sistema educativo, no educándolas sólo para la familia, ni únicamente por ella.

La educación doméstica tiene insuficiencias muy marcadas, refiriéndose la principal a la enseñanza, que resulta deficiente y defectuosa. En primer lugar, porque para instruir hay que poseer mayor número de conocimientos de los que se transmiten, y los de la madre, que por sus mismas atenciones no está al tanto de las cuestiones, no son tan profundos porque ha aprendido menos de lo que se exige hoy a los niños, y luego, porque como no han hecho de ordinario un aprendizaje pedagógico, la enseñanza no resulta profícua.

Respecto de la educación misma, la dulzura empleada con frecuencia por la familia la hace demasiado débil; a su liberalismo natural le falta el orden y a disciplina.

Efectivamente, la familia tiene ocupaciones muy diversas que les impiden el cumplimiento estricto de sus propósitos al tomar participación directa en la educación. Los negocios y las relaciones de la sociedad abstraen la mayor parte de su tiempo; una visita imprevista o una salida indispensable interrumpen no pocas veces una lección o un ejercicio⁵, produciéndose el desorden natural. De allí nace la necesaria cooperación de auxiliares extraños a la familia para asegurar el buen éxito de la educación, como también el objeto y razón de ser de la escuela.

El objeto de la escuela es precisamente hacer lo que la familia no puede poner en práctica, sobre todo en la enseñanza bien graduada y dividida, verdaderamente fecunda y educadora. Ofreciendo la escuela a los maestros una situación estable y ocupaciones fijas, regulares, debido al empleo constante de sus aptitudes merced a la división del trabajo, la enseñanza resulta más intensa y de mejor calidad. Además, el gran número de

⁵ Inicio del folio 121 Pág. 9

alumnas asegura la emulación y la vida de la enseñanza, permitiendo la práctica de métodos activos que suponen el modo colectivo y simultáneo. Es innegable la superioridad de la enseñanza en la escuela, especialmente por el provecho que obtienen los educandos.

En cuanto a la educación del carácter este gana también por la firmeza de la disciplina rígida e imparcial. La escuela habitúa al niño a la autoridad impersonal y absoluta de una ley general que iguala todas las voluntades particulares sin tener en cuenta los caprichos y pequeñas vanidades individuales. Por la misma razón que la mujer está acostumbrada a juzgar casi siempre por las impresiones que recibe, más que por nociones exactas, necesita estar sujeta a una disciplina estricta. La escuela revelándole la fría justicia que hace abstracción de preferencias y tendencias personales, la inicia en la seriedad de la vida social.

El orden, si bien en todas las escuelas no es el mismo, es sin embargo por la misma naturaleza de las cosas, superior al del hogar. Además, mientras que en la escuela, la mezcla de opiniones y creencias y el mismo compañerismo hacen que la niña adquiera la tolerancia indispensable en la sociedad, en cambio, la educación puramente doméstica la torna más individual y separatista, por ser muy estrechos los límites de las tradiciones de familia.

En resumen, si la acertada dirección de una buena madre de familia sugiere a la niña, por la práctica y el ejemplo, las mejores condiciones que se exigen en una dueña de casa; la escuela por otro lado, suministrándole metódicamente los conocimientos que constituyen su cultura intelectual a la vez que inspirándole amor al deber y procurándole el desarrollo físico, mediante cuidados higiénicos y ejercicios gimnásticos convenientes, la convierten en un miembro útil y en factor de progreso social. Motivo es éste, para que anden acordes la familia y la escuela en la disposición de los medios educativos, pues la falta de armonía producirá resultados frustraneos.

*

* *

La educación de los niños, en la primera y segunda infancia, es esencialmente cuestión⁶ de hábitos adquiridos por el ejemplo, la imitación y un conjunto de influencias capaces de modificar y determinar las tendencias y disposiciones naturales. Mas los hábitos no son el todo: educar al niño no es adiestrarle con más ó menos habilidad, sino penetrar en su corazón, despertando sus buenos sentimientos, induciéndole a establecer por él mismo principios firmes é inconmovibles de conducta.

En esta consideración, es indispensable comenzar por exigir á las niñas, los actos que deben practicarse e impedir a todo trance los que no pueden ni tienen razón de ser; crearles buenas costumbres y reprimir las malas, porque evolucionando la niña con mas rapidez que el niño, llega muy pronto la época en que se le puede hablar con provecho a la razón, sin que por esto quiera decirse que se le inicie prematuramente en la seriedad de los deberes.

Dupanloup, al tratar de la educación durante la adolescencia, dice: “no hay momento en que la niña tenga más necesidad de una solicitud tierna y firme que en esta época.” “Es la edad crítica de la que depende el bien o el mal en lo futuro. Decidiendo aún la vida entera.”

Ciertamente, el trabajo complejo que se opera en estos años de transición se revela con frecuencia en las niñas por un estado de fatiga, inquietud y agitación singular; así como por alguna incoherencia en el pensamiento, vaguedad y confusión en las ideas. El desarrollo de su razón y de su espíritu es momentáneamente irregular; las facultades intelectuales sufren algún embotamiento; la memoria parece que duerme; la atención sostenida llega a ser casi imposible; pero la imaginación ensaya sus alas, la sensibilidad se exalta dejando traslucir en el carácter cierta indocilidad, independencia y altanería, tornándose a veces impertinente: el yugo del estudio les pesa como el de la obediencia. “Entonces es cuando se dejan sentir las fuertes tendencias de la personalidad y una sorda fermentación del orgullo y de las pasiones en germen.”

El trastorno que se produce en la niña en este periodo, hace creer en apariencia que esté comprometido todo lo que la educación había conquistado anteriormente; pues en vez de lo que se tenía por virtudes nacientes, se ve surgir convertidas en la manía de darse importancia, y el egoísmo reflexivo y concentrado aparece formidable en el primer momento que se le contraria, por lo que la menor reprensión la subleva, la

⁶ Inicio del folio 122 Pág. 11

mínima observación la indigna; ve con disgusto, y a veces con odio, a los que la sirven de más cerca y que son testigos de sus luchas y desfallecimientos, molestándola aún su presencia.

Este trastorno, con todas sus manifestaciones, sólo es efecto del trabajo de la salud que se establece y que busca su equilibrio en esta edad, que, a pesar de ser un hecho profundamente natural, no deja de producir un malestar del que no puede darse cuenta; pero que desconcierta las mejores resoluciones de la adolescente. “Esta disposición enfermiza que⁷ apenas pueden dominar, cuando toma ciertas proporciones, se resiste aún a la moral, cambia el carácter, disminuye la energía de la voluntad, la llena de caprichos y repugnancias extrañas, no solamente haciéndolas tomar disgusto por el estudio, sino volviéndolas apáticas o indolentes, hasta el punto de hacer estimar aparentemente como inútil, el esfuerzo hecho por la educación.”

Si, como he dicho anteriormente, este periodo está lleno de accidentes que perturban la naturaleza de la niña, necesario es procurar los medios que curen los males que se presentan durante él. Algunas madres aceptan ese desorden como una ley fatal, ante la cual juzgan impotentes los recursos que se empleen para contrarrestar esta crisis.

En mi concepto, el remedio más inmediato está en observar los preceptos higiénicos comprendiéndose en esto, un régimen de alimentación sana, regularidad absoluta en la vida y en todos los hábitos, proporción conveniente de actividad y reposo y un limitado trabajo intelectual que ocupe el espíritu y destierre el tedio; evitando a todo trance el exceso de trabajo cerebral que pueda causar el sistema nervioso, necesitando por el contrario, ejercicios, paseos y aire libre.

En cuanto al carácter, en vez de abandonar a la niña a sus caprichos, turbulencias y orgullo, se le debe sostener con vigor para sacarla de esa crisis; es el momento en que la educación debe nutrirla de razón, sabiduría y verdadera piedad; la ocasión de desenvolver el sentido íntimo y personal que comienza a aparecer, por medio de una cultura hábil, firme y dulce, proscribiendo por completo el recargo escolar tan funesto, que inflama el cerebro de las niñas en esta edad. La labor a que se le someta será regular, a fin de llevarle tranquilidad al espíritu, instruyéndola con métodos vivificantes que la eleven y fortifiquen.

⁷ Inicio del folio 123 Pág. 13

Una firme dirección acompañada de una resistencia inteligente será oportuna para orientar la reflexión que se forma en esta época; que la circunde una atmósfera de razón apacible interpretándole sobriamente las cosas cada vez que sea indispensable; allí está todo el secreto, consecuente con los fines a que debe conducir la educación: la conservación de su autonomía, el gobierno de sí, por lo tanto, la dignidad e independencia, en relación con el deber.

No obstante que una dirección enérgica es imprescindible, no puede justificar sin embargo una disciplina rigorista y dura: del castigo sólo se hará uso, en último término, cuando ya sean inútiles otros recursos. Las reprensiones deben llevar en sí el sello de la justicia y el cariño, jamás el de la cólera o violencia: se evitara cuanto se pueda, recordarle la falta que cometió y mucho menos insistir, sin necesidades, en lo que ya se ha indicado. Lo que precisa es que sienta que se la quiere, y que si se le hace ver su falta es por su propio interés, con la esperanza de su corrección: en una palabra, pueden emplearse todos los medios convenientes menos la rudeza.

Respecto a los estudios, si bien importa que⁸ la niña se dedique con seriedad a ellos, conviene, como necesidad física y mental, disminuirle horas de labor intelectual, prolongando las de trabajo manual y reposo. La fatiga irremediable, la excitabilidad nerviosa, la palidez que se observa en las niñas en esta edad, no tienen otra causa que el exceso de tarea intelectual impuesta por las madres, con el deseo, las más de las veces, de que terminen su instrucción en este periodo.

Pero si conviene evitar el recargo de trabajo mental, lo mismo debe decirse acerca del reposo excesivo. La ociosidad y pérdida del tiempo ofrecen también serios peligros en la juventud. Por eso durante estos años, la niña debe obedecer a una regla fija, pues el sistema nervioso más en esta época que en ninguna otra, necesita uniformidad y medida.

Como la imaginación comienza a desplegar sus fuerzas, es indispensable no permitir que adquiera exagerado y prematuro desarrollo, para lo cual se ha de impartir enseñanza simple, sólida, positiva y clara, basada en las materias dirigidas a las facultades discursivas, sin fatigar la memoria. Ni embotar el sentimiento, como en las disciplinas que dejen impresión profunda de la belleza, la verdad y el bien, evitando así. Se produzca excitación nerviosa o agitaciones incoherentes en la imaginación. De aquí

⁸ Inicio del folio 124 Pág. 15

la necesidad de proscribir, en lo absoluto, la lectura de novelas, por mal sana, pues ella quita a la imaginación su frescura e inocencia, convirtiendo a la niña en imitadora inconsciente de los personajes que la han impresionado.

Las lecturas que enternecen no son buenas, sino en pequeñas dosis, como distracción o recreo, cuando son puras, y mejor aún en familia, porque permiten entonces poner las cosas en su sitio. El mal está en que se sumerja la niña en la lectura exclusiva de novelas sensacionales, aún en las horas de trabajo. Si en el niño la dedicación de todas sus horas al estudio es buen signo y una promesa para su porvenir, en cambio en la niña, no es lo mismo y mucho menos si la lectura a que se consagra es de novelas, pues tona tal gusta por ellas, que toda otra le desagrada.

Sería de gran provecho para la niña, principalmente en la edad de la adolescencia, si inspirándole al gusto, se le habituara a lecturas serias que desarrollen el juicio y la razón.

*

* *

El trabajo de la educación no se reducirá simplemente a formar hábitos sino a sentar en el espíritu principios, es decir las reglas comprensivas, de una conducta altamente racional. Base con la que se debe contar después para resolver y decidir las diferentes circunstancias de la vida. Ciertamente es que los hábitos deben ser primero, porque el niño los recibe desde el primer día y antes de la edad de la razón, adquiriendo los malos si es que no le han inculcado buenos; pero luego los principios deben tomar asiento antes de abandonarlo a sí mismo.

Los hábitos, a pesar de su tenacidad proverbial, dan fácilmente cabida a los contrarios cuando al medio cambio y nuevas influencias⁹ se dejan sentir. La garantía de la virtud sólo está en la razón que no varía, que pueda contrarrestar todas estas influencias y juzgarlas a la luz de principios filosóficos. Cuando falta esta luz, la conciencia se doblega al primer choque por menos violento que sea, estando a riesgo aún de perderse al soplo de las pasiones.

Por eso bien podría decirse que la mujer tiene más necesidad de estar provista de sólidos principios que el hombre, porque ella presenta en la familia y la sociedad, las

⁹ Inicio del folio 125 Pág. 17

tradiciones, usos y costumbres, a diferencia del hombre que encarna principalmente el espíritu de iniciativa, progreso e innovación que casi le es propio. No será, pues, una garantía sólida para la mujer, la sola rutina, aún la mejor, porque se resentiría si encontrara en su camino una tentación insidiosa ó un hábil sofista.

La verdadera instrucción moral es la única que da una conciencia realmente formada para las pruebas de la vida.

El deber será el eje principal sobre el cual gire la educación; al cumplimiento de él se acostumbrara la niña. Procurando no ceda jamás a sus nervios, ni a sus impresiones, así como a los impulsos irreflexivos del corazón; que aunque se encuentre rodeada de tentaciones pueda conservar su energía y dignidad. El objeto de la moral es enseñar a hacer lo que se debe.

La conciencia del deber ha de ser lo único que sostenga interiormente el carácter de la mujer. El día que en ella tenga por verdadero tutor a su razón, entonces velará por sostenerla, haciendo sentir en la ejecución de sus actos la inflexible autoridad de aquél.

Por consiguiente, la disciplina a que se sujete a las niñas tiene que ser tan firme como la que se impone a los niños; no se estaría en lo cierto si se creyese que la educación de la niña, sea en el colegio o fuera de él, pueda estar bajo la acción de un régimen descuidado, dejando toda latitud a la fantasía individual o al capricho. La verdadera disciplina será igual para todos: en lo único es que podrá diferir será en los ejercicios, las ocupaciones, pero se procederá en idéntica forma al tratar del deber.

*

* *

Si la mujer, miembro de importancia sociedad, no debe una educación familiar exclusiva, al educarla, para la sociedad y conforme á la edad que le corresponde, implica una cuestión digna de atender con cuidado por el sólo hecho de que, como conservadora de los usos y costumbres, no puede estar desprovista de la moral del mundo que tiene un algo especial. Por desgracia, ésta es benévola con faltas y vicios que se encuentren con formas correctas y lisonjeras: severa, y algunas veces hasta ridícula, con faltas que son inocentes en cierto modo, puesto que no tienen nada común con el bien ni con el mal.

El hombre en la sociedad, no está comprometido seriamente sino por lo que él hace, la mujer por el contrario tiene el triste privilegio de estarlo, y de la manera más grave, por mil cosas que no dependen de su voluntad: ya porque la malevolencia se ceba en ella¹⁰, ya porque simplemente la ociosidad se distrae en glosar faltas aparentes, indisponiéndola así con la opinión. Esto ha dado origen a que la mujer cuide tanto el rodearse de las apariencias y tema ante todo “el que dirán.” Pues en tener la opinión en contra, significa la pérdida de su honor; mucho más desde que los juicios e impresiones del vulgo están más arraigados en el concepto del honor femenino, y es temerariamente injusto reprocharle su afán de conservar una reputación intacta.

“Siendo el mundo una pobre escuela de moral y la opinión un criterio mezquino del bien y del mal, incompetente y fácil de engañarse con los falsos semblantes, cómplice bastante impudente para contentarse sin creer.” Necesario es decirlo, que guiar moralmente a las niñas en este sentido, no es educarlas, sino enseñarles a agradar al mundo y satisfacer sus exigencias: esto es, “dejar su conciencia vacía y a merced de quimeras y sofistas, y con la tentación de engañar y seducir por la hipocresía, o vencer por la audacia a ese juez sospechoso que se llama el *mundo*.” Desgraciadamente esta es la educación moral que hoy pretende imponerse; “no se les enseña la virtud sino el arte de parecer virtuosas.”

La educación moral, verdad, no debe comenzar por hacer la guerra al respeto humano, eso sería absurdo y demasiado imprudente, puesto que él es un punto de seguridad, la garantía de un mínimum moral; pero sí debe tender a separar por completo la falsedad, vicio que implícitamente contiene todos los otros, y sustituirlo con la sinceridad, virtud primordial base de la educación. El que la mujer esté provista de carácter y respeto de sí, no le impide que sea modesta y que esté dispuesta para todos los sacrificios nobles, no olvidando el deber y lo que ella debe ser.

La hipocresía, defecto fácil en apoderarse de los niños, se prevendrá en la niña, evitando las ocasiones en que pueda emplear el disimulo, acostumbrándola a manifestar ingenuamente sus inclinaciones en todas las cosas permitidas; que ejercite su libertad al testificar su fastidio cuando se incomoda, no obligándola a que jamás demuestre placer por lo que desagrada; se le hará presente la menospreciable de la astucia; y si no accede inmediatamente a lo justo y a lo bueno se le debe indicar con franqueza, guiándola con

¹⁰ Inicio del folio 126 Pág. 19

moderación por vías directas. Estableciendo con frecuencia la comparación, se le hará ver la satisfacción que proporcionan los actos sugeridos por la sinceridad, y la felicidad que reporta el conducirse de acuerdo con la conciencia, sin temer ni inventar, y la agitación constante producida por los remordimientos y el peligro que induce a cubrir una astucia con otras tantas.

Siguiendo el mismo camino habrá que combatir la exageración. Del poco celo para corregir ese defecto, ha nacido la propensión que tiene la mujer para exagerar sus penas, exponiéndolas confusa y atolondradamente con el fin de inspirar lastima, lo que ha hecho decir a un escritor célebre: “a las mujeres¹¹ les gusta inspirar sentimientos de piedad cuando menos lo merecen.” Fluye de aquí la necesidad de una educación moral más viril.

La mujer valdrá tanto más cuanto se le quite completamente esa superficialidad, habituándola a penetrar correctamente en el fondo de las cosas, en la medida que permiten la delicadeza indispensable de la que nunca debe apartarse.

*
* *

El ideal en la cultura moral de las niñas no puede encontrar su objeto en una educación limitada y compresiva, porque esto no es educar; por el contrario, mas bien es debilitar a un ser en que la debilidad es ya un mal: es abusar de la preciosa docilidad de su naturaleza, auxiliar activo y poderoso cuando se la esclarece, deplorable si se le quita todo móvil.

El deber es cosa positiva y la práctica de él es esencialmente activa. La verdadera educación moral, propenderá a poner en movimiento la voluntad, encaminándola a purificar las tendencias a medida que se susciten, en lugar de romperlas y doblegarlas.

La virtud hay que hacerla surgir de la misma conciencia, de las profundidades del corazón y de la voluntad; por lo que es menester, en ciertos momentos, emplear una disciplina inflexible y rigurosa, a lo menos cuando se trata de caracteres rebeldes, que hay que dominar, corrigiendo defectos insoportables. Pero de esto, no debe seguirse que

¹¹ Inicio del folio 127 Pág. 21

sólo con el rigor pueda obtenerse resultados favorables. La severidad tan necesaria es insuficiente si no va acompañada de la suavidad. El rigor cierra el corazón, y la educación moral debe abrirlo; solo lo endurece y extenua, y la educación debe estimularlo y dilatarlo.

El rigor es educante, muy en particular con la mujer, por que el instinto advierte que su gran riqueza moral esta en los impulsos del corazón, y emplearlo sin tasa seria más bien mutilar sus manifestaciones que reprimirlas. Se trata de dirigir bien a la niña en plena luz con todas las explicaciones propias para que se interese por su perfeccionamiento, que a la postre no viene a ser, sino su obra. El objeto que debe proponerse la educacionista, es el mejoramiento de las disposiciones intimas de la niña, su perfeccionamiento personal, lo que exige trabajo únicamente, siendo esta la forma que llega a tomar la docilidad innata de la niña y el pliegue natural que hay que darle, para hacerla adquirir el habito de obrar por el deber y contrapesar sus impulsos, escogiendo entre ellos. Este hábito idéntico al principio moral por excelencia, la labor educativa consistirá en la adquisición de él.

Como la práctica del deber es cosa activa, en la educación de las niñas la actividad debe ser reglamentada mucho más que en la de los niños. La acción motivada, regular y luminosa es el correctivo más seguro de la agitación. Sin que esto quiera decir que debe reducirse a las niñas a la inacción, al silencio, a lo que los padres dan el nombre de moderación, todo lo contrario, se debe favorecer su exuberancia, sus juegos vivos, su loca alegría¹² y alboroto en toda la medida que sea compatible con el decoro; un gran gasto de locura es más bien favorable para adquirir un poco de verdadera prudencia; por lo que no se debe temer que la niña gaste en forma general e inofensiva conforme a su edad. Si la educación logra inspirar a la niña horror a la hipocresía y al engaño, se habrá conseguido asegurar lo demás.

Indispensable es enseñarle a contenerse y a observarse, a fin de que progresivamente consiga sobreponer a la violencia de sus actos, que sin ese dominio de sí, resultaría luego una ligereza perjudicial, que en la mujer constituiría una gran fuente de faltas. Debe presentársele las ocasiones para que pongan en juego su actividad, ejerciendo en lo que tenga vocación, la acción voluntaria y aún el sacrificio; más fácil es adquirir una virtud positiva que abstenerse simplemente; la actividad están necesaria á la felicidad y

¹² Inicio del folio 128 Pág. 23

a la virtud, como la agitación le es opuesta. El deber debe inspirarse mejor que dictarlo. En lugar de una educación autoritaria y negativa, en vez de órdenes y prohibiciones sin explicación, de impedimentos impuestos, es más conveniente una educación activa plenamente racional; una educación enderezada a la razón y al corazón, haciéndole amar el deber como el mejor alimento de su actividad material i espiritual.

En esta obra que comienza con la vida, prolongándose hasta el fin de la adolescencia, asume la familia una parte incomparablemente mayor que la escuela, Por eso es que está a veces impotente para realizarla, porque la enseñanza moral corre el riesgo de quedarse abstracta. Sin embargo, no faltan ocasiones que se pueden aprovechar, o que se deben provocar, para hacerla precisa y concreta. Una maestra hábil que sabe formar una opinión sana en su clase, tiene un medio admirable que le permite comunicar a cada alma las impresiones que le place. El acento con que una palabra es pronunciada tiene más influencia y se puede sacar más partido que con las palabras más bellas.

La mujer que por naturaleza es más religiosa que el hombre, requiere por lo mismo una educación más perfecta, iniciada en un cristianismo tolerante, razonable y racional. No es posible que una piedad mística deje a la mujer ignorante de sus deberes temporales; por la misma razón que es idealista y fácil de exaltar necesita mucho más de una base sólida. Peligroso en si, oponer imprudentemente la religión a la moral o pretender sustituir ésta por aquella.

A medida que sean más sólidos los principios de la moral, la religión echara raíces más profundas en el corazón femenino, pues una alta moralidad garantizada con más seguridad una religión pura, que una devoción ardiente responda de una elevada moralidad.

En general, la educación debe dar a la mujer la fortaleza de ánimo necesaria para que llegado el caso soporte con resignación las adversidades de la suerte, excluida de todas las necesidades es ficticias de una ociosidad lujosa; ponerla en aptitud de lograr los goces puros que proporcionan al espíritu cultivado, el arte, la ciencia y las letras, y abstenida¹³ del matrimonio o no, le sea dado disfrutar de una existencia más o menos feliz, pero que será siempre útil y honrada.

¹³ Inicio del folio 129 Pág. 25

El ideal en la educación de la mujer debe, pues, cifrarse en que respetando la opinión conserve la justa independencia en su consideración con plena libertad en su juicio; al menor número de preocupaciones, una el máximo de razón; que sea altiva sin vanidad, buena sin malicie o debilidad, amable sin afectación, activa sin agitación vana; que poseyendo la noble emulación aspire a la estima de la sociedad, sin pretender distinguirse, ni ocupar el primer lugar.

Por último, la educación moral de la mujer, como la del hombre, no puede ser otra, que la educación de la responsabilidad. Educada así, sabrá conducirse con rectitud, sin vacilaciones, ni temores, llevando siempre como seguro guía, su *corazón fortalecido por la disciplina moral y su inteligencia esclarecida por la luz de la razón*.

He dicho.

Lima, 4 de Noviembre de 1904.

Esther Festún

V^o B^o

Alzamora.